

Comentarios del Maestro 7

Parte I: Resumen

Texto Clave: Salmos 62:8

Enfoque de Estudio: 1 Reyes 18, 1 Sam. 1:10–17, Mateo 6:5–15, Daniel 9:3–19.

La oración es una necesidad humana universal. Pero nuestros clamores a Dios a menudo parecen desaparecer en el vacío, sin respuesta. El libro de los Salmos es una poderosa colección de oraciones basadas en la esperanza y el anhelo humano de respuestas divinas. La oración del Salmos 62, por ejemplo, comienza con el silencio humano, que espera la respuesta de Dios (Sal. 62:1, 5), luego continúa con un llamado a todas las personas a seguir confiando en Dios y a orar «*en todo tiempo*» (Sal. 62:8). Finalmente, el salmo termina con la seguridad de que Dios responderá (Sal. 62:11).

La semana pasada, estudiamos la teología de la oración y reflexionamos sobre su significado espiritual. Esta semana, contemplaremos la experiencia real de la oración, tal como la practicaron diversos personajes bíblicos cuyos clamores a Dios fueron escuchados y respondidos.

Parte II: Comentario

Introducción

Se han seleccionado tres personajes bíblicos para inspirarnos a orar. El primer personaje es Ana (1 Sam. 1:6–17), cuyas oraciones comienzan en angustia y terminan en gozo (1 Sam. 2:1–11). El segundo es Elías, cuya dramática oración de proclamación y silencio es un poderoso testimonio para aquellos que presencian el concurso entre Dios y Baal en el Monte Carmelo (1 Reyes 18–19:18). El tercero es Daniel, quien suplica al Señor con una oración de súplica y esperanza (Dan. 9:3–19).

Oraciones de amargura y gozo: Ana (1 Sam. 1:6–2:11)

La historia de Ana comienza con el relato de un hombre piadoso (1 Sam. 1:3) que tiene una genealogía impresionante (1 Sam. 1:1). El texto también se refiere a los dos hijos del sacerdote Elí, quienes están presentes en el tabernáculo en Silo (1 Sam. 1:3). Elí mismo se sienta en una silla a la entrada del tabernáculo (1 Sam. 1:9). Sin embargo, la heroína inesperada de la historia es Ana, que es estéril (1 Sam. 1:6). El texto bíblico relata que ella ora dos veces (1 Sam. 1:10, 11; 1 Sam. 2:1–10). La primera vez, ella ofrece una oración que brota de «*la amargura de su alma*» (1 Sam. 1:10). En su angustia, ella suplica una respuesta al Señor. La segunda vez que ora, la oración de Ana es una efusión

de gozo en respuesta a la graciosa contestación de Dios. El texto bíblico está saturado con el tema de la oración: la palabra «*oración*» y otros términos relacionados con la oración, como «*petición*» y «*pidió*», aparecen siete veces en el pasaje (1 Sam. 1:10, 12, 17, 20, 26, 27; 2 Sam. 2:1).

La oración amarga

La primera oración de Ana se origina en la desesperanza. Está miserable, no come y llora con angustia. El deseo de Ana de tener un hijo no se cumple, porque el Señor había cerrado su matriz. Su esterilidad la convierte en objeto de burla en su casa; cada año que sube a la casa del Señor, Ana es provocada por su rival (1 Sam. 1:7). Para empeorar las cosas, el sacerdote Elí desprecia su oración. Él piensa que está borracha porque solo sus labios se mueven cuando ora, y su voz no es audible (1 Sam. 1:13). Y aun así, la amargura de Ana se transforma repentinamente en esperanza. Como resultado, ella come y ya no está triste (1 Sam. 1:18).

La historia de la concepción milagrosa de Ana y el posterior nacimiento de Samuel se narra en términos que recuerdan a las matriarcas Sara, Rebeca y Raquel: «*Se acordó Jehová de Ana*»; «*conció Ana*» (1 Sam. 1:19, 20, NKJV; comparar con Gén. 21:1, Gén. 30:22).

La oración gozosa

La historia de Ana culmina en una oración nueva y gozosa. Esta vez, Ana ya no está miserable y sola. Ahora está adorando en la casa del Señor con su esposo y su hijo, a quien presenta al sacerdote Elí como el cumplimiento de su oración anterior (1 Sam. 1:26, 27). La segunda oración de gozo de Ana contrasta con su primera oración de angustia. Mientras que en la oración precedente estaba miserable y lamentaba, en su nueva oración Ana se regocija y glorifica al Señor. Esta oración, tanto profética como mesiánica, encuentra un eco en la oración de anunciación de María (Lucas 1:46–55).

Oraciones de proclamación y silencio: Elías (1 Reyes 18–19:18)

Israel ha pasado más de tres años sin lluvia. El profeta Elías desafía entonces al rey Acab a un concurso (1 Reyes 18:19). La confrontación entre Elías y los profetas de Baal tiene lugar en el Monte Carmelo. Elías propone que los sacerdotes de Baal invoquen a su dios para que prenda fuego al sacrificio en el altar que le han construido. Del mismo modo, Elías pedirá al Señor que haga lo mismo con el sacrificio en el altar que él construyó (1 Reyes 18:24).

La oración de los profetas de Baal no es respondida

Los profetas de Baal oran. Invocan a su dios varias veces —«¡Oh Baal, respóndenos!»— pero no hay respuesta. Saltan sobre el altar, gritan en voz alta y se cortan en vano. No reciben ninguna respuesta (1 Reyes 18:26, 29).

La oración de Elías es escuchada

Luego Elías derrama agua sobre y alrededor de su sacrificio a Dios y ora (1 Reyes 18:33–35). En respuesta, cae fuego del cielo y consume el sacrificio, a pesar de que está saturado de agua. Elías no escucha ninguna voz audible en respuesta a su oración. La efusión de fuego es la única indicación de que Dios ha escuchado su oración.

Elías invita al rey a levantarse, comer y beber porque viene la lluvia (1 Reyes 18:41). Elías envía a su siervo siete veces para verificar el estado de la lluvia que se acerca. Cuando finalmente cae la lluvia, es tan intensa que Elías tiene que acompañar al rey para evitar que la lluvia lo obstaculice. Una vez más, Elías no escucha la voz audible de Dios en revelación de Su voluntad; la lluvia es la evidencia que le dice que Dios ha escuchado su oración.

A pesar del milagro del fuego del cielo, así como de la demostración de la presencia de Dios, Jezabel, a quien Acab informó del milagro de Dios en el Monte Carmelo, todavía se niega a reconocer Su soberanía. Ella persigue a Elías, quien, por primera vez, teme por su vida. Elías ora a Dios y se queja amargamente de que todos han abandonado al Señor excepto él (1 Reyes 19:10; comparar con 1 Reyes 18:22). Agregando a su amargura el pavor, Elías teme por su vida ante las amenazas de muerte de Jezabel (1 Reyes 19:3).

La voz silenciosa

Elías huye de Jezabel y se esconde en una cueva. Es en este punto que la voz de Dios se escucha por primera vez en la narración. Pero la voz divina está impregnada de un tono irónico: «¿Qué haces aquí, Elías?» (1 Reyes 19:9, NKJV). Para justificar su aire de desánimo, Elías afirma que él solo es el único que queda entre los leales en Israel para defender al Señor (1 Reyes 19:10). Dios no responde a esta afirmación. Cuando Dios finalmente responde a Elías, Su voz no se escucha en el viento fuerte y poderoso; tampoco se escucha en el terremoto ni en el fuego (1 Reyes 19:11, 12). Inesperadamente, Elías escucha solo «una voz apacible y delicada» (1 Reyes 19:12). La frase hebrea *qol demamah daqah* significa literalmente: «la voz de un silencio tenue». Solo entonces Elías comprende que está en la presencia de Dios (1 Reyes 19:13). El sonido sensacional del fuego y la lluvia fueron milagros que demostraron el poder de Dios. Pero incluso más que estos fenómenos sonoros, la voz del silencio de Dios se escucha como la manifestación más obvia de Su presencia y como una rotunda proclamación de revelación divina.

Una oración sincera de súplica y esperanza: Daniel (Daniel 9:3–19)

La oración de Daniel no es un mero ejercicio literario o tratado teológico; es la expresión de una conexión cercana con Dios, quien está tanto lejos como cerca. La proximidad de Dios está implícita en la forma en que Daniel se dirige a Dios como su Dios personal. El título *'adonai*, «mi Señor», que expresa la cercanía de Dios, es el título divino más frecuente en la oración (Dan. 9:4, 7, 9, 15–17, 19

[3x]). La distancia de Dios se significa a través de Su otro nombre, *ha'elohim*, «*el Dios*». Sin embargo, como se señaló, Daniel, quien califica a Dios como el «*Dios grande y temible*» (Dan. 9:4, NKJV), también lo identifica como su Dios personal, o «*mi Dios*». El contraste entre el Dios fiel (Dan. 9:4) y el pueblo pecador e infiel (Dan. 9:5, 6) refuerza la distancia entre ellos, a través de la gravedad del pecado del pueblo y su necesidad de acercarse al Señor.

La oración concluye con una súplica final: *'adonai*, «*Oh Señor*», que se repite tres veces. Cada repetición es seguida por un verbo para captar la atención de Dios:

«¡Oh Señor, escucha!

¡Oh Señor, perdona!

¡Oh Señor, atiende y actúa!» (Dan. 9:19, NKJV).

La oración de Daniel concierne la salvación del pueblo de Dios. Daniel, con una intensidad inquebrantable, anhela una respuesta divina: «*¡Actúa! ¡No demores!*» Esta oración ferviente, a la que la profecía de las 70 semanas es la respuesta (Dan. 9:24–27), conduce a la primera venida de Cristo. El mismo anhelo ferviente resuena en la pregunta del ángel «*¿Hasta cuándo?*» (Dan. 8:13). Esta pregunta será respondida en la visión de las 2.300 tardes y mañanas, lo que lleva al día escatológico del juicio antes de la segunda venida de Jesús (Dan. 8:14).

Parte III: Aplicación para la vida

Sugerencia para el maestro: Para esta sección aplicada, la clase se centrará en el modelo de oración que Jesús propuso en Mateo 6:9–13. Pida a un voluntario que lea este pasaje. Invite a los miembros de su clase a extraer de la oración del Salvador consejos o principios prácticos para la vida diaria, como se describe a continuación. Pida a los estudiantes que estén preparados para compartir el próximo sábado cómo la puesta en práctica de estos principios enriqueció su vida de oración.

Principio 1: Padre nuestro que estás en los cielos:

Cuando ores, date cuenta de que Dios es tu Padre cercano y, sin embargo, Él está en el cielo.

Principio 2: Venga tu reino:

Cuando ores, piensa en el futuro reino de Dios como un lugar de paz, justicia y amor. Aplica esta esperanza a tu relación con las personas cuando comes, bebes, trabajas y juegas.

Principio 3: Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra:

Aplica este principio de oración a las decisiones de tu vida. Pon todo lo que deseas en el altar de Dios. Lleva esta **actitud** de perfecta sumisión, que es un anticipo del cielo, a tu relación con los demás, cediendo humildemente a sus necesidades y estimándolos más altamente que a ti mismo.

Principio 4: El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy:

Participa en un proyecto de caridad para bendecir y beneficiar a otros. Cuando comas, sé moderado en tu ingesta, agradeciendo a Dios por lo que Él ha provisto y no complaciendo excesivamente tu apetito.

Principio 5: Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores:

Pide a Dios que perdone a alguien que te ha hecho daño, y luego pide a Dios que te dé la gracia para perdonarlo. Ve a visitar a esta persona e invítala a almorzar. (No necesitas necesariamente decirle a esta persona que la has perdonado, a menos que el Espíritu te dé una apertura y te mueva claramente a hacerlo. El punto es ser amoroso y amable e interactuar sin ninguna amargura en tu corazón).

Principio 6: No nos metas en tentación:

Pide a Dios que te fortalezca para resistir la tentación. Al mismo tiempo, pide a Dios que te imparta fuerza para cerrar la puerta a la tentación. Evita probar, tocar o mirar cualquier material que te separe de Dios.

Principio 7: Líbranos del mal:

Ora a Dios para que te libre de una debilidad específica o predilección al mal que puedas tener. Pídele la victoria.